

Pepe
Cervera

Premonición



Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Cuentos, LEOPOLDO LUGONES

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodados, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

Percusión, JOSÉ BALZA

La transformación, FRANZ KAFKA

El salvaje de Borneo, ALFREDO TAJÁN

Las penas del joven Werther, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Ardeviejas, CARLOS JURADO CABALLERO
La ninfa y otros relatos, RUBÉN DARÍO

• **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA

La carpa de oro, CHARO PRADOS

El hombre encuadernado, BRUNO MESA

Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ

Pequeñas palabras, SALVADOR ROBLES

Campo de minas, CÉSAR ROMERO

Tierra raya, ANTÓNIO TRINIDAD

Cambio de sentido, MAR GÓMEZ GLEZ

Dieste, MARIO GÓMEZ LÓPEZ

Andábata, OLGA BERNAD

La línea de asfalto, MANUEL G. SÁNCHEZ-CAMPILLO



Pepe Cervera (Alfajar, Valencia, 1965) ha publicado las colecciones de cuentos *Conozco un atajo que te llevará al infierno* (2009), y *El tacto de un billete falso* (2007).

Es uno de los autores incluidos por Fernando Valls y Gemma Pellicer en la antología *Siglo XXI. Los nuevos nombres del cuento español actual* (2010)

Sus cuentos se han publicado en revistas de literatura como *Renacimiento*, *El Coloquio de los Perros* o *Narrativas*, y colabora en la bitácora de crítica literaria *La tormenta en un vaso*.

<http://eltactodeunbilletefalso.blogspot.com/>

www.parentesiseditorial.com

Fragmento de muestra de *Premonición*

UN FELIZ DÍA DE PESCA EN EL
BIG WOOD RIVER

A Miguel Ángel Muñoz

«Llevar a la muerte al lado
proporcionaba significado
y belleza a la vida.»

El beneficio de la duda, Tobias Wolff.

Harto de dar vueltas y más vueltas entre las sábanas, lo siguiente que hizo un decaído Chuck Atkinson fue bracear en la oscuridad del dormitorio hasta alcanzar el reloj despertador para impedir que sonara. Las largas horas sin dormir lo habían dejado maltrecho y carecía de fuerzas para desperezarse.

Desnudo como estaba empezó a explorar su abdomen con la yema de los dedos, intentando situar la acidez que durante la noche le había impedido conciliar el sueño. Allí seguía, entre la base del esternón y su estómago. Bostezó con fastidio. Un reflujo de jugos gástricos parecía escaldar el esófago en ascenso hacia la garganta. Salió al pasillo sin dar la luz y fue hasta la cocina con unos pantalones caqui y una camisa de algodón tirados por encima del hombro y las botas asidas como si tal cosa por los cordones. Antes de vestirse se preparó un vaso de agua con un efervescente de bicarbonato sódico. Lo bebió a sorbos, apenas mojándose los labios. A pesar de las horas transcurridas, aún no había conseguido digerir el estofado de la noche anterior. La quemazón en sus tripas arreciaba a oleadas; sin embargo, no estaba dispuesto a desertar. Era la primera vez en mucho tiempo que lograba convencer a Hem para que volviera a acompañarlos al Wood River en una de sus fraternales jornadas de pesca.

Durante una entrañable cena que compartieron dos días antes, el viernes de aquella misma semana, mientras Ernest preparaba uno

de esos daiquiris cuya receta había aprendido en el Floridita, Mary bajó el tono de voz para comentarle que ya no era el mismo. Le habló del carácter depresivo que su marido exhibía últimamente y sus cada día más largos periodos de ensimismamiento. Chuck Atkinson observó a su amigo, sin dejar de escuchar, y vio que había perdido peso y sus pómulos ofrecían un marcado aspecto cetrino entre la barba y las recientes ojeras, pese a lo cual su porte seguía luciendo la entereza de épocas pasadas. Lo vio venir hacia ellos, de buen humor, con la bandeja de bebidas entre las manos, y no se le ocurrió ningún motivo por el que alarmarse. Estaba, quizás, excesivamente delgado, pero no se lo dijo. En cambio, sí le dijo que lo encontraba como siempre.

Siguieron hablando y bebiendo, los tres. Cuando al rato Hem se levantó de nuevo con la intención de servir la segunda copa, Mary volvió a cuchichearle que estaba muy débil, que dormía poco; necesitaba reposo y albergaba serias dudas de que una propuesta de ese tipo sirviera para proporcionárselo. Chuck asintió varias veces, frunciendo el entrecejo y apretando los labios, dando a entender que aquella confidencia acababa de persuadirlo, aunque en el fondo achacara la disconformidad expresada por la mujer a una reciente y a su juicio gratuita propensión que, desde su regreso de la Clínica Mayo, ella venía mostrando hacia una excesiva prudencia. Por el contrario, Hem exhibió en todo momento un comportamiento animado que distaba mucho del cuadro descrito por su esposa. La mesura nunca se contó entre los componentes de su carácter. Ni la mesura ni la cautela ni, muchos menos, la cobardía. Incluso hacia el final de aquella velada quiso rememorar viejos tiempos y se atrevió a cantar en español *Noche cubana*. Sólo después del cuarto daiquirí, observó Chuck que su entusiasmo menguaba para insinuar que se sentía incapaz de poner en marcha ninguno de sus nuevos proyectos, aunque el propósito más inmediato fuera seguir intentándolo. Lo dejó caer de pasada, pero en la indolencia con que quiso revestir esas palabras fue fácil advertir rendijas por donde se colaba una mezcla de escepticismo y miedo. No obstante, ni siquiera

esta última circunstancia implicaba cambio alguno. Aun siendo cierto que la capacidad de su amigo para escribir hubiera disminuido enormemente, tanto a Chuck como a los otros dos, Lloyd Arnold y Taylor Williams, seguiría importándoles mucho más la última pieza cobrada por el escritor que cualquiera de sus novelas. Por ellos, como si no volvía a escribir una sola línea en su vida.

Respiró hondo sintiendo pegado en el paladar un regusto vago y desagradable a carne y salsa. Disolvió otra pastilla de Alka Seltzer en medio vaso de agua y, en esta ocasión, lo apuró de dos tragos. Terminó de vestirse, llenó un termo con café recién hecho y le hizo sitio en la caja de los aparejos, entre dos bobinas de hilo trenzado y un carrete con freno delantero. Luego cargó una funda con dos cañas como un carcaj cruzado a la espalda y salió a la calle. Eran las seis en punto de la mañana.

Al encarar Warm Springs Road desde Main Street, divisó un Chevrolet blanco parado frente a la marquesina de la Roosevelt Tavern, envuelto por la luz escasa que irradiaba la puerta de cristal esmerilado. Era amigo de Taylor Williams desde 1929, creía recordar, puede que incluso desde antes, y en las más de tres décadas transcurridas sólo le había conocido una camioneta que heredó de su padre y esta *pickup* con quince años cumplidos, el guardabarros izquierdo delantero y el estribo del conductor desencajados, y permanentes trazas de barro seco alargándose hasta la altura de las ventanillas. Chuck se detuvo ante la tentación de unirse a sus amigos en el interior de la taberna, pero inmediatamente rectificó volviendo a ponerse en movimiento. Su estómago dolorido no iba a soportar tan tempranos excesos y decidió adelantarse hasta la residencia campestre de Ernest.

Caminaba respirando sólo por la nariz, confiando en que el aire fresco y limpio aliviara el desaliento por la acidez que lo torturaba. No se cruzó con nadie. Sólo unos cuantos perros se asomaron a vigilarle desde el linde delantero de las parcelas que protegían. Al final de una manzana de casas apiñadas, la calle dibujaba una ligera curva hacia el noroeste a partir de la cual el núcleo urbano

de Ketchum se dispersaba abriéndose a una carretera más amplia. Comenzó a tararear el estribillo de una canción que le agradaba y al punto creyó animarse. Siguió el contorno de Northwood Park. Después de diez minutos andando por un arcén sin asfaltar, tomó una pista de tierra que se abría delante de Canyon Run Boulevard, dirección norte, entre apretados abedules y pinos ponderosa, y se adaptaba a la superficie de una loma en un inapreciable ascenso. La noche parecía haberse hecho fuerte entre la frondosidad de los árboles y tuvo que extremar la cautela de sus zancadas para no tropezar con unas raíces gruesas como muslos que sobresalían en el primer trecho. Otros diez o quince minutos más tarde, en mitad de una propiedad abancalada con el césped igualado a conciencia, divisó el edificio color madera con grandes ventanales en la segunda y tercera planta, y un enorme mirador a ras de suelo. La estancia baja se veía débilmente iluminada. Contuvo el aliento, esperando. La mordedura en el interior del estómago había cedido y se sintió aliviado. La noche, por fin, empezó a disolverse.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**